

Revolución en el mundo editorial: libros gratis impresos desde internet

LONDRES. - Con tan sólo pulsar una tecla, uno ya puede descargarse e imprimir la totalidad de la Divina Comedia, de Dante, utilizando un ordenador, una conexión a internet, una tonelada de papel y un cartucho de tinta. Desde el pasado miércoles, el servicio resulta gratuito, aunque sería más sencillo -y barato- comprar el libro, que además podría leerse tranquilamente en el baño y le permitiría ahorrar árboles y tinta.

Este nuevo servicio es el último paso en el objetivo que se plantea Google, el motor de búsquedas en internet, para organizar la información del mundo y hacerla universalmente accesible y útil. Una iniciativa que constituye un desarrollo importante en la literatura internacional. Para algunos, el hecho de que los libros se encuentren disponibles en línea para su descarga gratuita representa todo un paraíso, mientras que, para otros, incluyendo a numerosos editores y escritores preocupados, sus temores señalan hacia el camino del noveno círculo del infierno.

El servicio de búsqueda de libros es sólo una parte del Proyecto Biblioteca, en el que el buscador líder de la red se ha asociado con bibliotecas de todo el mundo (Oxford, Harvard, Stanford, Nueva York, Michigan, California) para digitalizar colecciones y ponerlas a disposición del mundo en línea. La escala de esta ambición de Google es comparable a la de los tolomeos, los reyes de Egipto que crearon la grandiosa Biblioteca de Alejandría en el siglo IIII antes de Cristo: no es sólo una colección de libros, sino la mismísima destilación del conocimiento humano.

¿Opción irresistible?

A primera vista, la noción de una biblioteca digital sin límites parece irresistible; un único depósito, gratuito y accesible desde cualquier rincón del globo. Un investigador que se encuentre en las profundidades de Paraguay podrá estudiar una de las 49 biblias de Gutenberg sin coste alguno. Los socios de este Proyecto Biblioteca aseguran que el sistema permitirá a los usuarios acceder no sólo a los clásicos, sino a muchas otras obras oscuras: novelas olvidadas, relatos científicos, ilustraciones y poesía prohibida.

Los libros moribundos retornarán a la vida. Las bibliotecas suelen sentirse frustradas con respecto a los gérmenes que nadie ha visto y que no hacen más que acumular polvo en las colecciones. Ahora, todos éstos pueden almacenarse digitalmente en una estantería virtual infinita, para que cualquier persona con un ratón en la mano pueda acceder a ellos.

El problema no se encuentra en la digitalización de libros muertos o vivos, sino en el peligro potencial para las obras que todavía tienen vida comercial bajo la forma de su copyright. Google no ha tardado en señalar que todos

los libros disponibles para su descarga a través de este servicio carecen ya de derechos de autor. Las leyes europeas permiten que el copyright caduque a los 70 años tras el fallecimiento de un autor y, en el arranque de esta estrategia, no se ofrece nada publicado con posterioridad a mediados del siglo XIX.

Además, bajo el Proyecto Biblioteca, si un libro continúa teniendo copyright, el acceso a éste quedará restringido y, como mucho, se encontrarán frases o fragmentos disponibles en línea.

Algunos editores, no obstante, opinan que la disponibilidad de libros para su descarga digital gratuita es el borde del filo que podría dividir la literatura mediante el debilitamiento del copyright. El año pasado, la Asociación de Editores Americanos demandó a Google, acusándolo de haber escaneado el 100% de un libro (para conseguir su plena disponibilidad para el mundo) y, por tanto, de infracción del copyright, aunque sólo un pequeño porcentaje de la obra se encuentre disponible en línea de forma gratuita.

Google señala que los editores y autores pueden optar e insistir en que sus libros no se digitalicen. Pero el copyright no es más que la concesión de un derecho de copia. Si Google, o cualquier otro, quiere reproducir, o simplemente almacenar, material que aún se halle bajo derechos de autor, debería pedir y obtener permiso, y no asumirlo y luego esperar a que el propietario se queje. Averiguar quién posee los derechos de un libro que ya no se imprime, pero que todavía se encuentra bajo copyright, es un asunto costoso, pero vital para el mantenimiento de los principios de la propiedad intelectual.

A pesar de ser plausible, la posibilidad de descargar gratuitamente libros sin copyright no hace más que reforzar la creciente asunción cultural (sobre todo, por parte de la gente joven) de que todos los contenidos de internet deberían ser gratuitos. Parece posible que, en el futuro, los motores de internet vayan a ejercer presión sobre los editores para permitir que cada vez más contenidos aparezcan de forma gratuita en línea, mientras ellos luchan por mantener los ingresos.

Una estrategia para buscar mayores beneficios

Los primeros títulos disponibles de forma totalmente gratuita en el nuevo servicio de Google son: *Principia*, de Newton (versión inglesa de 1850); *Inferno*, de Dante (versión italiana de 1842); *Marion de Lorme*, de Víctor Hugo (versión francesa de 1831); *Proclamas*, de Bolívar (versión española de 1842); y *Werther*, de Goethe (versión alemana).

Google insiste en ser amigo de editores y autores, en su defensa del copyright y en facilitar que los lectores descubran y compren más libros. Pero, para todos estos principios recomendables, existe una enorme operación enfocada a la obtención de beneficios (publicitarios) en un negocio cada vez más feroz.

El buscador va camino de convertirse en el monstruo de la literatura, controlando millones de libros y billones de palabras. Existe algo inquietante

sobre cuánto conocimiento valioso puede concentrar una organización intensamente ambiciosa. Los tolomeos, al fin y al cabo, no comenzaron las colecciones que se convertirían en la Biblioteca de Alejandría por ser ratones de biblioteca, sino porque amasar y controlar los conocimientos del mundo era una afirmación de poder.

Pero el mantenimiento de los beneficios y de los derechos de autor no es lo único que temen los editores. Si el copyright no se protege de manera adecuada, la propia literatura es la que sufre. Contrariamente al mito popular, el escritor sin un duro no se muere de hambre en su buhardilla: encuentra otra ocupación. Tal como lo expresó el Dr. Johnson, nadie, a excepción de los locos, escribe si no es por dinero.